

www.elboomeran.com

VERANO EN EL LAGO

Paisajes narrados, 34

www.elboomeran.com

Alberto Vigevani
Verano en el lago

Traducción de Francesc Miravittles

editorial  minúscula
BARCELONA

Título original: *Estate al lago*

© 2001 Sellerio Editore, Palermo

© de la traducción: 2009 Francesc Miravittles

Revisión: Alícia Ferran

© 2009 Editorial Minúscula, S. L.

Sociedad unipersonal

Portolà, 26 - 08023 Barcelona

minuscula@editorialminuscula.com

www.editorialminuscula.com

Primera edición: junio de 2009

Diseño gráfico: Pepe Far

Fotografía de la cubierta: © Luis Pedrosa

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Preimpresión: Addenda, Pau Claris, 92, 08010 Barcelona

Impresión: Winihard Gràfics S.L., Av. del Prat, 7, 08180 Moià

ISBN: 978-84-95587-53-4

Depósito legal: B-26.729-2009

Printed in Spain

Los meses que Giacomo pasaba en Milán, todo el año salvo el verano y algunos días de otoño, le parecía que no contaban en su vida. Eran como un paisaje de neblinas, de edificios grises, destinado a encerrar su imaginación en un sentimiento de inanidad que lo volvía perezoso, lo hacía sutilmente desdichado.

Vivía en el cuarto piso de una casa en los Navigli. Sus padres pertenecían a la burguesía de las profesiones liberales y no dejaban a sus hijos vagar por las calles. El pasatiempo habitual de Giacomo consistía en mirar desde el balcón las chalanas que, cargadas de haces de leña o de grandes rollos de papel de periódico, remontaban el canal en dirección a San Marco remolcadas por caballos, los cuales echaban al resoplar una vaharada que se disolvía de inmediato en el aire cortante.

A la altura de su casa la calle iniciaba la subida antes del puente; allí, en el empedrado de grandes losas a menudo cubierto de escarcha, ocurría a veces que un

caballo resbalaba y llegaba a caerse. El arriero trataba de levantarlo a gritos, haciendo restallar el látigo en el aire o golpeándolo en los flancos con el mango de cuero trenzado, mientras una pequeña multitud disfrutaba del espectáculo desde la exigua terraza ajardinada que se asomaba al agua y pertenecía a un café frecuentado por empleados del cercano gobierno civil.

Giacomo contenía el aliento con la esperanza de ver al caballo, que rechinaba despidiendo chispas sobre las piedras, alzarse con un último esfuerzo de los jarretes, agitando sus largas crines. No podía sufrir la idea de que si no lo lograba lo llevarían al matadero.

La sangre, o la idea de la muerte, así como de la violencia, que para él se unían a esta y otras imágenes, le infundían fácilmente una sensación de náusea. Sus aprensiones terminaban casi siempre en algún trastorno físico: quedaba turbado sin saberlas cultivar como sentimientos, ni tampoco enfocar y analizar a la luz de la razón. Se cansaba pronto de todo; ideas y sensaciones se enturbiaban y una niebla que las oprimía acababa por cubrirlas.

Para ir a la escuela recorría la calle que bordeaba el canal. Esa parte de la ciudad conservaba aspectos aún provincianos que gustaban a Giacomo tal vez porque cuando su padre, que era abogado, salía con él, lo cual tiempo atrás ocurría con bastante frecuencia, le conta-

ba cómo era Milán antes de que comenzasen las demoliciones del centro. Tras el grácil puente de hierro con las sirenas en lo alto de los pretilos, había almacenes con grandes bóvedas abiertas sobre el agua, atestados de leña o carbón, y más adelante una barandilla de piedra esculpida de la que sobresalían unas plantas. Por la mañana veía las carretas del Verziere o, bajo el otro puente, chalanas negras como la pez descargando montañas de coles. Tras dejar el canal, la calle se estrechaba y oscurecía entre viejas casas y jardines de conventos cercados por altos muros. Ya estaba cerca de la escuela: los sabañones de las manos le dolían por el frío.

En clase comenzaba siempre el mismo castigo, que una sonrisa o una broma solo conseguían mitigar por un breve instante. Una vez terminada la escuela primaria, que no le había supuesto un gran esfuerzo y donde había hecho alguna amistad, perdida al entrar en la secundaria, le parecía vivir encarcelado, atado a su banco. No lograba prestar atención a las clases. El tiempo se hundía en una aletargada ciénaga; cuando Giacomo se espabilaba, ya no era capaz de seguir al profesor. Si no le preguntaban —en cuyo caso la clase prorrumpía en una carcajada general por sus respuestas, que parecían caer de las nubes—, se sumía de nuevo en sueños tristes: ni sueños eran siquiera, sino más bien repeticiones de pensamientos inacabados, de imá-

genes en las que siempre se reflejaba el gris amenazador del cielo sobre el patio desprovisto de árboles al otro lado de los ventanales. Salía de aquella opresión cuando sonaba el timbre. Con la ayuda de clases particulares no perdía el curso; le quedaba alguna asignatura para octubre.

Era un chico algo grueso, de pelo rizado y ojos muy expresivos, inquietos. Solía estar solo y no le desagradaba; sin embargo, a veces ansiaba un amigo que disipase su inclinación a la tristeza contemplativa, fomentada por una tendencia a la observación, una afición a fantasear, lo cual, por otra parte, lo capacitaba en algún raro momento para dar muestras de un humorismo personal y expansivo. Tampoco su comportamiento en clase, que lo hacía popular al atribuírsele a una astuta defensa de la propia holgazanería, le había procurado amistades. Aunque jugasen o charlasen de buena gana con él en el recreo o a la salida, sus compañeros eran por lo general más ágiles y robustos; formaban grupos en los que, sin poner por lo demás demasiado empeño en ello, había tratado inútilmente de entrar. Iban a los campos de los alrededores a jugar a la pelota o a nadar en la piscina cubierta de Foro Buonaparte: Giacomo se sentía distinto, no hablaba el dialecto como ellos —en casa nunca lo habían querido— ni se interesaba por el deporte. Tampoco era diestro

jugando al fútbol: golpeaba torpemente el balón con la punta del pie.

Tenía un hermano y una hermana, Stefano y Clara, unos años mayores que él; si estaban juntos, solo le hacían caso para mofarse o pedirle favores. No lograba ser normal con los otros más que de tú a tú con una sola persona: era demasiado indolente o, a veces, por el contrario, estaba nervioso, excitado. Al salir de la soledad de todo un día, como si un rastro de ella perviviera en él, se mostraba con sus hermanos cohibido y susceptible: hasta la diferencia de edad lo humillaba. Stefano, que tenía veinte años, se mofaba siempre, quizá con la intención de librar a Giacomo de la capa de insociabilidad que derivaba de la falta de amigos y le impedía hacerlos.

Nunca había sabido divertirse con juguetes, ni siquiera de pequeño. Si se los regalaban, los destruía por asignarles funciones distintas de aquellas para las que habían sido concebidos. De una raqueta hacía una guitarra o, con la red, un cedazo, una máscara de esgrima. Prefería las construcciones y el mecano, con los que se sentía libre para inventar estructuras y edificios fantásticos que dejaba inacabados. Se quedaba mirándolos durante horas, modificando algún pequeño detalle que de pronto le parecía esencial para su concepción. Sabía que del puente, armado con apenas cuatro pie-

zas del mecano, podía sugerirse toda una ciudad. No valía la pena, pues, seguir: era como un sueño geométrico en el que se repetía su aspiración a formas ligeras, inciertas, capaces de crear evocaciones. Acababan por suscitarle imágenes de armonía, de una belleza perfecta, y lo abismaban en unas divagaciones que lo volvían insensible a todo lo demás.